



Las *vigilias* de la antigüedad, primer precedente de la AN

Las *vigilias* mensuales de la Adoración Nocturna (=AN) continúan la tradición de aquellas *vigilias* nocturnas de los primeros cristianos, si bien éstos, como sabemos, no prestaban todavía una especial atención devocional a la Eucaristía reservada.

En efecto, los primeros cristianos, movidos por la enseñanza y el ejemplo de Cristo -«*vigilad y orad*»-, no sólo procuraban rezar varias veces al día, en costumbre que dio lugar a la *Liturgia de las Horas*, sino que -también por imitar a Jesús, que solía orar por la noche (+Lc 6,12; Mt 26,38-41)-, se reunían a celebrar *vigilias* nocturnas de oración.

Estas *vigilias* tenían lugar en el aniversario de los mártires, en la víspera de grandes fiestas litúrgicas, y sobre todo en las noches precedentes a los domingos. La más importante y solemne de todas ellas era, por supuesto, la *Vigilia Pascual*, llamada por San Agustín «madre de todas las santas *vigilias*» (ML 38,1088).

En las *vigilias* los cristianos se mantenían *vigiles*, esto es, despiertos, alternando oraciones, salmos, cantos y lecturas de la Sagrada Escritura. Así es como esperaban en la noche la hora de la Resurrección, y llegada ésta al amanecer, terminaban la *vigilia* con la celebración de la Eucaristía. Tenemos de esto un ejemplo muy antiguo en la *vigilia* celebrada por San Pablo con los fieles de Tróade (Hch 20, 7-12).

Con el nacimiento del monacato en el siglo IV, se van organizando en las comunidades monásticas *vigilias* diarias, a las que a veces, como en Jerusalén, se unen también algunos grupos de fieles laicos. Así lo refiere en el *Diario de viaje* la peregrina española Egeria, del siglo V. En todo caso, entre los laicos, las *vigilias* más acostumbradas eran las que semanalmente precedían al domingo.

La costumbre de las *vigilias* nocturnas se hizo pronto bastante común. San Basilio (+379), por ejemplo, respondiendo a ciertas reticencias de algunos clérigos de Neocesarea, habla con gran satisfacción de tantos «hombres y mujeres que perseveran día y noche en las oraciones asistiendo al Señor», ya que en este punto «las costumbres actualmente vigentes en todas las Iglesias de Dios son acordes y unánimes»:

«El pueblo [para celebrar las *vigilias*] se levanta durante la noche y va a la casa de oración, y en el dolor y aflicción, con lágrimas, confiesan a Dios [sus pecados], y finalmente, terminadas las

oraciones, se levantan y pasan a la salmodia. Entonces, divididos en dos coros, se alternan en el canto de los salmos, al tiempo que se dan con más fuerza a la meditación de las Escrituras y centran así la atención del corazón. Después, se encomienda a uno comenzar el canto y los otros le responden. Y así pasan la noche en la variedad de la salmodia mientras oran. Y al amanecer, todos juntos, como con una sola voz y un solo corazón, elevan hacia el Señor el salmo de la confesión [Sal 50], y cada uno hace suyas las palabras del arrepentimiento.

«Pues bien, si por esto os apartáis de nosotros [con vuestras críticas], os apartaréis de los egipcios, os apartaréis de las dos Libias, de los tebanos, los palestinos, los árabes, los fenicios, los sirios y los que habitan junto al Éufrates y, en una palabra, de todos aquellos que estiman grandemente las vigili­as, las oraciones y las salmodias en común» (MG 32,764).

Las vigili­as mensuales de la AN -también con oraciones e himnos, salmos y lecturas de la Escritura- prolongan, pues, una antiquísima tradición piadosa del pueblo cristiano, que nunca se perdió del todo, y que hoy sigue siendo recomendada por la Iglesia. Así en la *Ordenación general de la Liturgia de las Horas*, de 1971:

«A semejanza de la Vigilia Pascual, en muchas Iglesias hubo la costumbre de iniciar la celebración de algunas solemnidades con una vigilia: sobresalen entre ellas la de Navidad y la de Pentecostés. Tal costumbre debe conservarse y fomentarse de acuerdo con el uso de cada una de las Iglesias (71).

«Los Padres y autores espirituales, con muchísima frecuencia, exhortan a los fieles, sobre todo a los que se dedican a la vida contemplativa, a la oración en la noche, con la que se expresa y se aviva la espera del Señor que ha de volver: "A medianoche se oyó una voz: `¡que llega el esposo, salid a recibirlo´ (Mt 25,6)"; "Velad, pues no sabéis cuándo vendrá el dueño de la casa, si al atardecer o a medianoche, o al canto del gallo o al amanecer: no sea que venga inesperadamente y os encuentre dormidos" (Mc 13,35-36). Son, por tanto, dignos de alabanza los que mantienen el carácter nocturno del Oficio de lectura» (72).

En este mismo documento se dan las normas para el modo de proceder de «quienes deseen, de acuerdo con la tradición, una celebración más extensa de la vigilia del domingo, de las solemnidades y de las fiestas» (73).

Otros precedentes

Las vigili­as de los antiguos cristianos, como sabemos, no tenían, sin embargo, una referencia devocional hacia la presencia real de Cristo en la Eucaristía. En este aspecto, los antecedentes de la devoción eucarística de la AN han de buscarse más bien en las *Cofradías del Santísimo Sacramento*, de las que ya hemos hablado, nacidas con el Corpus Christi (1264), y acogidas después normalmente a la Bula de 1539.

Son también antecedente de la AN *las Cuarenta horas*. Éstas tienen su origen en Roma, en el siglo XIII; reciben en el XVI un gran impulso en Milán, y Clemente VIII, con la Bula de 1592, las extiende a toda la Iglesia. Como las Cuarenta Horas de adoración en un templo eran continuadas sucesiva e ininterrumpidamente en otros, viene a producirse así una adoración perpetua.

Pero si buscamos antecedentes más próximos de la Adoración actual, los hallamos en la *Adoración*

Nocturna nacida en Roma en 1810, con ocasión del cautiverio de Pío VII, por iniciativa del sacerdote Santiago Sinibaldi. Y en la *Adoración Nocturna desde casa*, fundada por Mons. de la Bouillerie en 1844, en París.

Pues bien, en su forma actual, la AN es iniciada, según vimos, en Francia por Hermann Cohen y dieciocho hombres el 6 de diciembre de 1848, con el fin de adorar en una iglesia, con turnos sucesivos, al Santísimo Sacramento en una vigilia nocturna.

La Adoración Nocturna en España

España conoce también en su historia cristiana muchas Cofradías del Santísimo Sacramento, agregadas normalmente a *Santa Maria sopra Minerva*, iglesia de los dominicos en Roma, y que durante el XIX se integran en el *Centro Eucarístico*. Pero la AN, como tal, se inicia en Madrid, el 3 de noviembre de 1877, en la iglesia de los Capuchinos.

Allí se reúnen siete fieles: Luis Trelles y Nogueroles -está en curso su proceso de beatificación-, Pedro Izquierdo, Juan de Montalvo, Manuel Silva, Miguel Bosch, Manuel Maneiro y Rafael González. Queda la Adoración integrada al principio en el *Centro Eucarístico*.

En cuanto *Adoración Nocturna Española* (ANE) se constituye de forma autónoma en 1893. A los comienzos reúne en sus grupos sólo a hombres, pero más tarde, sobre todo en los turnos surgidos en parroquias, forma grupos de hombres y mujeres. En 1977 celebra en Madrid, con participación internacional, su primer centenario.

En 1925 nace en Valencia la *Adoración Nocturna Femenina* (ANFE), que desde 1953, cuando se unifican experiencias de varias diócesis, es de ámbito nacional.

ANE -ver apéndice (pág. 56)- y ANFE están hoy presentes en casi todas las Diócesis españolas.

La Adoración Nocturna en el mundo

La AN, iniciada en París en 1848 y en Madrid en 1877, llega a implantarse en un gran número de países, especialmente en aquellos que, cultural y religiosamente, están más vinculados con Francia y con España.

Alemania, Argentina, Bélgica, Benin, Brasil, Camerún, Canadá, Colombia, Costa de Marfil, Cuba, Congo, Chile, Ecuador, Egipto, España, Estados Unidos, Filipinas, Francia, Guinea Ecuatorial, Honduras, India, Inglaterra, Irlanda, Italia, Isla Mauricio, Luxemburgo, México, Panamá, Polonia, Portugal, Santo Domingo, Senegal, Suiza, Vaticano y Zaire.

Todas estas asociaciones de adoración nocturna, desde 1962, están unidas en la *Federación Mundial de las Obras de la Adoración Nocturna de Jesús Sacramentado*.

Naturaleza de la Adoración Nocturna

Al describir en lo que sigue la AN, nos referimos concretamente al modelo de la AN Española. Pero lo que decimos vale también más o menos para ANFE y para otros países, especialmente para los

de Hispanoamérica, ya que usan normalmente el mismo *Manual*.

La AN es una asociación de fieles que, reunidos en grupos una vez al mes, se turnan para adorar en la noche al Señor, realmente presente en la Eucaristía, en representación de la humanidad y en el nombre de la Iglesia.

Los adoradores, una vez celebrado el Sacrificio eucarístico, permanecen durante la noche por turnos ante el Sacramento, rezando la Liturgia de las Horas y haciendo oración silenciosa.

Fines principales

Los fines de la AN son los mismos de la Eucaristía. Son aquellos fines de la adoración eucarística ya señalados por la Bula *Transiturus* de 1264, por el concilio de Trento, por la *Mediator Dei* o en la *Eucharisticum mysterium*: adorar con amor al mismo Cristo; adorar con Cristo al Padre «en espíritu y en verdad»; ofrecerse con Él, como víctimas penitenciales, para la salvación del mundo y para la expiación del pecado; orar, permanecer amorosamente en la presencia de Aquel que nos ama...

Éstos fines son los que una y otra vez han subrayado los Papas al dirigirse a la AN:

«El alma que ha conocido el amor de su divino Maestro tiene *necesidad* de permanecer largamente ante la Hostia consagrada y de adoptar, en la presencia de la humildad de Dios, una actitud muy humilde y profundamente respetuosa» (Pío XII, *Alocución a la AN*, Roma, AAS 45, 1953, 417).

«La presencia sacramental de Cristo es fuente de amor. Amor, en primer lugar al mismo Cristo. El encuentro eucarístico es un encuentro de amor... Y amor a nuestros hermanos. Porque la autenticidad de nuestra unión con Jesús sacramentado ha de traducirse en nuestro amor verdadero a todos los hombres, empezando por quienes están más próximos» (Juan Pablo II, *Alocución a la AN*, Madrid 31-X-1982).

En la adoración eucarística y nocturna, los fieles se unen profundamente al Sacrificio de la redención -centro absoluto de la vigilia-, acompañan a Jesús en su oración nocturna y dolorosa de Getsemaní:

«Quedáos aquí y velad conmigo... Velad y orad, para que no caigáis en tentación... En medio de la angustia, él oraba más intensamente, y su sudor era como gotas de sangre que corrían sobre la tierra» (Mt 26,38.41; Lc 22,44).

Los adoradores alaban al Señor y le dan gracias largamente. Le piden por el mundo y por la Iglesia, por tantas y tan gravísimas necesidades.

«En esas horas junto al Señor, os encargo que pidáis especialmente por los sacerdotes y religiosos, por las vocaciones sacerdotales y a la vida consagrada» (Juan Pablo II, ib.).

Los adoradores, en las vigiliass nocturnas, permanecen atentos al Señor de la gloria, el que vino, el que viene, el que vendrá.

«¡Felices los servidores a quienes el señor encuentra velando a su llegada!. Yo os aseguro que él mismo recogerá su túnica, les hará sentarse a la mesa y se pondrá a servirles. ¡Felices ellos, si el

señor llega a medianoche o antes del alba y los encuentra así!» (Lc 12,37-38).

Los adoradores, perseverando en la noche a la luz gloriosa de la Eucaristía, esperan en realidad el amanecer de la vida eterna, de la que precisamente la Eucaristía es prenda anticipada y ciertísima:

«La sagrada Eucaristía, en efecto, además de ser testimonio sacramental de *la primera venida* de Cristo, es al mismo tiempo un anuncio constante de *su segunda venida* gloriosa, al final de los tiempos.

«Prenda de la esperanza futura y aliento, también esperanzado, para nuestra marcha hacia la vida eterna. Ante la sagrada Hostia volvemos a escuchar aquellas dulces palabras: "venid a mí todos los que estáis fatigados y cargados, que yo os aliviaré" (Mt 11,28)» (Juan Pablo II, ib.).

Fines complementarios

La AN no agota su finalidad con la pura celebración de las vigiliat mensuales. A ella le corresponde también, por Estatutos, *promover otras formas de devoción y culto a la sagrada Eucaristía*, siempre dentro de la comunión de la Iglesia y la obediencia a la Jerarquía apostólica.

Los adoradores, pues, cada uno en su familia, en su parroquia o allí donde puedan actuar -colegios, asociaciones laicales y movimientos, etc.-, han de promover la devoción a la Eucaristía y el culto a la misma. Ésta es la proyección apostólica *específica* de la AN. Otras actividades apostólicas podrán ser cumplidas por los adoradores en cuanto feligreses de una comunidad parroquial o miembros de determinados movimientos laicales. Pero *en cuanto adoradores* han de comprometerse en el apostolado eucarístico. Señalaremos, a modo de ejemplo, algunos de los objetivos que los adoradores deben pretender con todo empeño, con oración insistente y esperanzada, y con trabajo humilde y paciente:

-Practicar con frecuencia *las visitas al Santísimo* y difundir esta preciosa forma de oración. Esto ha de ir por delante de todo. El adorador nocturno ha de ser también un adorador diurno.

-Conseguir que, según lo que dispone la Iglesia (*Ritual 8; Código 937*), *haya iglesias que permanezcan abiertas* durante algunas horas al día, de modo que no se abran sólo para la Misa o los sacramentos. Al menos en la ciudad y también en los pueblos más o menos grandes, en principio, es posible conseguirlo. Éste es un asunto muy grave. La vida espiritual del pueblo católico se configura de un modo u otro según que los fieles dispongan o no de templos, de lugares idóneos no sólo para la celebración del culto, sino para la oración. El *Ritual de la dedicación de iglesias* manifiesta muy claramente que las iglesias católicas han de ser «casas de oración».

-Procurar la dignidad de los *sagrarios y capillas del Santísimo*.

-Fomentar en la parroquia, de acuerdo con el párroco y en unión si es posible con otros adoradores, *algún modo habitual de culto a la Eucaristía fuera de la Misa*: exposiciones del Santísimo diarias, semanales o mensuales, celebración anual de las Cuarenta Horas, o en fin, lo que se estime más viable y conveniente.

-Promover en alguna iglesia de la ciudad alguna forma de *adoración perpetua* durante el día. Los adoradores activos, y también los veteranos, han de ofrecerse los primeros para hacer posible la

continuidad de los turnos de vela.

-Cultivar grupos de *tarsicios*, es decir, de adoradores niños o adolescentes: animarles, formarles, guiarles en sus reuniones de adoración eucarística. San Tarsicio, en los siglos III-IV, fue un niño romano, mártir de la Eucaristía.

-*Difundir la devoción eucarística* en colegios católicos, reuniones de movimientos apostólicos, Seminario, ejercicios espirituales, catequesis, retiros y convivencias.

-Procurar que *el Corpus Christi* sea celebrado con todo esplendor, y guarde su identidad genuina, la que es querida por Dios, de tal modo que esta solemnidad litúrgica no venga a desvanecerse, ocultada por otras significaciones -por ejemplo, el Día de la Caridad-. Por muy valiosas que sean estas otras significaciones, son diversas.

Insistamos en lo primero. Si un adorador tiene de verdad amor a Cristo en la Eucaristía, si quiere ser de verdad fiel a su propia vocación, la que Dios le ha dado, ¿cómo podrá limitar su devoción y acción a una vigilia mensual?

Vigilias mensuales

Las vigilias mensuales se celebran normalmente en una iglesia fija, que puede ser una parroquia, un convento o a veces, donde existe, el oratorio propio de la AN. Y tienen «una duración mínima de cinco horas de permanencia, incluida la santa Misa». En ocasiones, ese tiempo se verá reducido, cuando, por ejemplo, es el grupo muy pequeño y no es posible establecer varios turnos sucesivos de vela.

En la vigilia un sacerdote celebra la Eucaristía y, si le es posible, administra antes el sacramento de la penitencia a los adoradores que lo desean, les acompaña en la vigilia, y da la bendición final con el Santísimo. Está prevista, sin embargo, la manera de celebrar vigilias sin sacerdote, allí donde por una u otra razón no hay uno disponible.

Notas esenciales de la AN son tanto *la nocturnidad* como *la adoración prolongada*, que para poder serlo se realiza normalmente en turnos sucesivos. Es la modalidad tradicional que el mismo *Ritual* de la Iglesia recomienda, en referencia a comunidades religiosas:

«Se ha de conservar también aquella forma de adoración, muy digna de alabanza, en la que los miembros de la comunidad se van turnando de uno en uno o de dos en dos, porque también de esta forma, según las normas del instituto aprobado por la Iglesia, ellos adoran y ruegan a Cristo el Señor en el Sacramento, en nombre de toda la comunidad y de la Iglesia» (90).

Las vigilias de la AN se desarrollan siguiendo un *Manual* propio que es bastante amplio y variado -la edición española tiene 670 páginas-, en el que se incluyen un buen número de modelos de vigilias, siguiendo los tiempos litúrgicos, en las diversas Horas. Recoge también otras oraciones y cantos.

Espíritu

La AN, tras siglo y medio de existencia, tiene un espíritu propio, que está expresado no solamente en

sus *Estatutos*, aprobados en cada país por la Conferencia Episcopal, sino también en una *tradición* viva, que trataremos de plasmar a través de varias palabras clave.

-*Vocación*. En la Iglesia todos tienen que amar y ayudar a los pobres, pero no todos tienen que trabajar en Caritas o en instituciones análogas; eso requiere una vocación especial. En la Iglesia todos tienen que rezar y ayudar a las misiones, pero no todos tienen que irse misioneros; sólo aquellos que son llamados por Dios. Etc.

En la Iglesia todos tienen que adorar a Cristo en la Eucaristía. Evidente. No serían cristianos si no lo hicieran; y en las Misas se hace siempre. Pero no todos están llamados a *venerar especialmente la presencia de Cristo en la Eucaristía*, y menos en una larga permanencia comunitaria, nocturna, orante, litúrgica, penitencial. Para eso hace falta una gracia especial, que reciben cuantos fieles cristianos se integran en la AN -o en otras obras análogas centradas en la devoción eucarística-.

-*Fidelidad personal a la vocación*. No se ingresa en la Adoración por una temporada. Al menos en la intención, el cristiano ha de integrarse en la AN *para siempre*. Entiende que Dios le ha llamado a ella con una *vocación especial*; y que, por tanto, es un don gratuito que el Señor no piensa retirarle, pues quiere dárselo para siempre. En efecto, «los dones y la vocación de Dios son irrevocables» (Rom 11,29).

Los *Estatutos* prescriben la obligación de asistir a las 12 vigiliats mensuales, más a las 3 extraordinarias de Jueves Santo, el Corpus Christi y Difuntos. Pero aún más fuertemente los adoradores se ven sujetos a la perseverancia por un *amor* que quiere ser fiel a sí mismo, y también por una *tradición* de fidelidad muy frecuente. Ha habido adoradores que en cincuenta años no han faltado a una sola vigilia. Si por viaje, enfermedad o por lo que sea no pudieron asistir a su turno, acudieron otro día a otro, como está mandado. En cualquier turno tenemos veteranos cuya fidelidad conmovedora está diciendo a los novatos: "si no piensas perseverar fielmente en la Adoración, no ingreses en ella. Acompáñanos en las vigiliats siempre que quieras, pero no te afilies a la Adoración Nocturna si no piensas perseverar en ella".

-*Fidelidad comunitaria al carisma original*. De la Cartuja se dice *nunquam reformata, quia nunquam deformata*. Algo semejante podría decirse de la AN: no ha sido reformada desde su origen, porque nunca se ha deformado. Su misma sencillez -de la que en seguida hablaremos- hace posible su perduración secular.

En 1980, en la introducción a las *Bases doctrinales para un ideario de la AN*, Salvador Muñoz Iglesias, consiliario nacional de ANE, escribe: «La Adoración Nocturna en España cumplió cien años [en 1977] sin perder su identidad. Mejor diríamos: cumplió cien años porque no perdió su identidad, porque supo ser fiel al ideario que le diera origen». Observación muy exacta..

Cuando el concilio Vaticano II trata de la renovación de los institutos religiosos señala como uno de los criterios decisivos la fidelidad al carisma original: «manténgase fielmente el espíritu y propósitos propios de los fundadores, así como las sanas tradiciones» (PC 2). Una Obra de Iglesia, como lo es la AN, ha de crecer y crecer siempre como un árbol: en una fidelidad permanente a sus propias raíces.

-*Penitencia*. Espíritu de expiación y reparación por los pecados propios y los del mundo. La Eucaristía es un sacrificio de expiación por el pecado del mundo, y no se puede participar

verdaderamente de ella sin un espíritu penitencial. En la Eucaristía -tanto en el Sacrificio como en el culto al Sacramento- nos ofrecemos con Cristo al Padre como víctimas expiatorias.

Ya vimos que muchas de las Cofradías del Santísimo más antiguas, como las del siglo XIII, se llamaban Cofradías de Penitentes. También vimos que, concretamente, la Adoración Nocturna ha iniciado su vida coincidiendo con episodios muy duros del Papado. Así fue como se formaron aquellas cofradías y así nace también la AN.

Hay muchos pecados en el mundo y en la Iglesia por los que expiar. Los adoradores, precisamente por su espiritualidad eucarística -sacrificial, por tanto, victimal-, se sienten muy llamados a expiar por los pecados propios y ajenos, sobre todo por los pecados contra la Eucaristía. En los pueblos cristianos, concretamente, muchas blasfemias se dirigen contra ella; muchísimos bautizados viven habitualmente alejados de la Misa, de la comunión, de toda forma de devoción a la Eucaristía... como si pudiera haber vida cristiana que no sea vida eucarística.

En América, el párroco admirable de una enorme parroquia, comentando unos malos sucesos, nos decía: «Las cosas están mal. Hay muchos males y mucho pecado. Voy a hacer todo lo posible para establecer en mi parroquia la Adoración Nocturna». Es un hombre de fe. Se ve que entiende el mundo y la misión que en él debe cumplir.

Sin un espíritu penitencial firme no se puede perseverar en la AN un mes y otro, año tras año, con frío o calor, con indisposiciones corporales o cansancios, con disgustos y preocupaciones, con viajes, espectáculos y fiestas. Sin espíritu penitencial, no puede haber fidelidad perseverante al compromiso de la Adoración, libremente asumido por amor a Cristo, a la Iglesia y al mundo. Se participará en sus vigiliyas unas veces sí, otras no, subordinando la asistencia a cualquier eventualidad. Y se acabará en la deserción. Es el amor, el amor capaz de cruz penitencial, el único que tiene fuerza para perseverar fielmente.

-Diversidad de miembros. En una Misa parroquial se reúnen feligreses de toda edad y condición, pues la Eucaristía -así se entendió desde el principio- es precisamente el sacramento de la unidad de la Iglesia: «siendo muchos, somos un solo cuerpo, porque todos participamos de un solo pan» (1Cor 10,17). Pues bien, es también característico de la Adoración Nocturna, desde sus inicios, que en sus turnos se reúnan en grata fraternidad jóvenes y ancianos, personas cultas y otras ignorantes, médicos, zapateros, funcionarios, campesinos, todos unidos en la celebración, primero, y en la adoración después de la Eucaristía, el sacramento de la unidad.

En un Discurso al Congreso de Malinas, en 1864, el padre Hermann hacía notar que la AN, que obtuvo un rápido desarrollo en Inglaterra, hubo de superar en primer lugar un *clasicismo* cerrado, muy arraigado en aquellas gentes: «La Adoración Nocturna encuentra serios obstáculos en el carácter, costumbres e ideas de este pueblo esencialmente dado a las comodidades materiales, y en el que el respeto por las desigualdades sociales hace muy difícil la fusión de las diferentes clases de la sociedad. Si un inglés de alta alcurnia necesita tener una virtud casi heroica para pasar parte de una noche descansando sobre un colchón duro en exceso, junto a un obrero o al lado de un pequeño comerciante, a éstos no les cuesta menos hallarse en un mismo pie de igualdad tan completa con el gran señor» (Sylvain 246).

-Gente sencilla. Por supuesto, hay en la Adoración cristianos muy cultos, económicamente fuertes, políticamente importantes, etc. Pero, ya desde sus comienzos, es evidente que la mayoría de sus

miembros son personas socialmente modestas.

Los primeros adoradores de Jesús, el Emmanuel, Dios-con-nosotros, son María y José: personas modestas. Y en seguida, avisados por los ángeles, acuden a adorarle unos pastores: gente humilde. Más tarde, conducidos por la estrella, llegaron los «magos», grandes personajes... Y así viene a ser siempre.

En el Cincuentenario de la AN en Francia, Mr. Cazeaux, en la *Memoria*, hacía recuerdo de aquel primer grupo de diecinueve adoradores, en su mayoría gente muy modesta. «¿A quién se dirige [nuestro Señor] para realizar sus designios, especialmente para la realización de las obras que más caras le son, que más le interesan? A los pequeños, a los humildes, a los menospreciados por el mundo. Claro está que veremos también [en la AN] a personas notables y distinguidas, pero el grueso de la tropa se compone de simples empleados y de obreros ignorados por el mundo.

«Y todavía continúa siendo lo mismo. Entre todas las parroquias de París, las más fervientes y las que dan el mayor número de adoradores son las parroquias de los arrabales. En ellas los obreros, que todo el día se han afanado en el trabajo, no regatean la noche a Nuestro Señor, y se ve a algunos que dejan la adoración de madrugada, antes de la primera Misa, que ni siquiera pueden oír, porque deben hallarse temprano en la reanudación del trabajo» (Sylvain 432-433).

-*Sencillez*. En la AN todo es muy sencillo. Ésa es una de las razones por la que se manifiesta válida para personas, para espiritualidades y para naciones muy diversas.

Es muy sencilla -sustancial y universal- la doctrina espiritual que la sustenta. De hecho, es asumida por personas de filiaciones espirituales muy diversas. Es sencilla su organización interna: un Consejo Nacional, un Consejo Diocesano, presidentes de sección, jefes de turno.

Es sencilla la estructura de sus vigiliat nocturnas: breve reunión, rosario y confesiones, santa Misa, turnos de vela en los que se alterna el rezo de las Horas y la oración en silencio, más una Bendición final.

Antes hemos citado al Vaticano II, que exige a los institutos religiosos un retorno constante «a la primitiva inspiración». Pero el concilio también les exige para su adecuada renovación «una adaptación a las cambiadas condiciones de los tiempos» (PC 2). Pues bien, por lo que se refiere a los modos de celebrar las vigiliat nocturnas de la Adoración, se comprende que unas celebraciones tan perfectas en su sencillez hayan perdurado en su forma durante tantos años.

Al menos en lo sustancial, ¿qué habría que añadir, quitar o cambiar en un orden tan armonioso, tan simple y perfecto, y tan probado además por la experiencia?... Cristianos ajenos a la AN *sienten*, a veces, la necesidad de introducir en ella grandes cambios. Pero, curiosamente, quienes son miembros de ella y la viven, normalmente, *no sienten* la necesidad de tales cambios, sino que se *sienten* muy bien en ella, tal como es.

Algunos cambios, sin embargo, se han hecho al paso de los años, y se han cumplido, sin duda, en buena hora: paso del latín a la lengua vernácula, abandono progresivo de algunos símbolos militares o cortesanos perfectamente legítimos, pero que han ido quedando alejados de la sensibilidad de nuestro tiempo.

Si la AN acentuase ciertos aspectos de la espiritualidad cristiana -lo que, por otra parte, sería perfectamente legítimo: en tantas obras católicas se dan, por la gracia de Dios, esas acentuaciones-, vendría a ser un camino idóneo para ciertas espiritualidades, pero no para otras; para ciertos tiempos o lugares, pero no para otros.

Por el contrario, la noble sencillez de la AN, en sus líneas esenciales, es idónea para acoger -y de hecho acoge- a personas, grupos o naciones de muy diversos talentos y espiritualidades. Concretamente, el orden fundamental de sus vigiliias, tanto por *la calidad absoluta* de sus ingredientes -Misa, adoración del Santísimo, rezo de las Horas, oración silenciosa, permanencia nocturna-, como por *el orden armonioso* que los une, goza de una perfecta sencillez, que le permite perdurar pacíficamente al paso de los años y de las generaciones en muchas naciones.

En 1848, hace ciento cincuenta años

-En 1848 se publica el *Manifiesto comunista*. Es elaborado por el judío *Karl Heinrich Marx* (1818-1883) y por Friedrich Engels (1820-1895). Marx nace en Tréveris, al noroeste de Alemania, cerca de Luxemburgo. Estudia derecho, pero pronto, bajo el influjo de Hegel (1770-1831), se dedica a la filosofía, y más tarde a la economía y la política. El marxismo, que de él deriva, se extendió desde entonces por gran parte del mundo, y tuvo su mayor fuerza en la Unión Soviética.

Según un informe de la KGB, de 1994, cuarenta y dos millones de rusos fueron asesinados por los comunistas entre 1928 y 1952. El número de muertos por el comunismo se amplía enormemente si se mira el conjunto de las naciones en que estuvo vigente: «el total se acerca a la cifra de cien millones de muertos» (AA.VV., *El libro negro del Comunismo*, Planeta-Espasa 1998, 18). En 1989, con la caída del muro de Berlín, decayó en gran medida el poderío del comunismo.

-En 1848, asimismo, se inicia la *Adoración Nocturna*. Es fundada por el judío converso *Hermann Cohen* (1810-1870), nacido en Hamburgo, al norte de Alemania, a unos 500 kilómetros de Tréveris.

La AN, que la gracia de Dios inició y mantiene, ha dado excelentes frutos entre los laicos, ha suscitado un gran número de vocaciones sacerdotales y religiosas, y está hoy presente, y con buena salud, en treinta y cinco naciones.

Sólamente en España, la AN tiene ya *diez Beatos* que fueron adoradores, el último el gitano Ceferino Giménez Malla, «El Pele»; en tanto que otros *doce están en proceso de beatificación*. Uno de ellos, Alberto Capellán Zuazo, ha sido declarado recientemente «venerable».

Dios lo quiere

Actualmente la AN en unos lugares crece y florece, y en otros languidece y disminuye. Esta alternativa puede explicarse sin duda por *condicionamientos externos*, por situaciones de Iglesia, como los que hemos considerado antes al hablar de la sacralidad y la secularización. Pero aún más se debe a *causas internas*, es decir, al espíritu de los mismos adoradores. En éstas centramos ahora nuestra atención.

La AN decae y disminuye allí donde el amor a la Eucaristía se va enfriando en sus adoradores; donde una adoración de una hora resulta insoportable; donde los adoradores, entre una y otra vigilia, no visitan al Señor en los días ordinarios; donde la oración es muy escasa, y no se pide

suficientemente a Dios nuevas vocaciones de adoradores, ni se procuran éstas con el empeño necesario; donde se acepta con resignación que las iglesias estén siempre cerradas, aún allí donde podrían estar abiertas...

Los adoradores que están en este espíritu aceptan ya, sin excesiva pena, la próxima desaparición de la AN en su parroquia o en su diócesis, atribuyendo principalmente esa pérdida a causas externas, sobre todo a la falta de colaboración de ciertos sacerdotes. Y no se dan cuenta de que son ellos mismos, los adoradores con muy poco espíritu de adoración, los que amenazan disminuir la AN hasta acabar con ella.

La AN, por el contrario, crece y florece allí donde los adoradores mantienen encendida la llama del amor a Jesús en la Eucaristía, y viven con toda fidelidad las vigiliat tal como el *Manual* y la tradición las establecen; allí donde los adoradores adoran al Señor no sólo de noche, una vez al mes, sino también de día, siempre que pueden; allí donde piden al Señor nuevos adoradores con fe y perseverancia; allí donde difunden la devoción eucarística y procuran con todo empeño que las iglesias permanezcan abiertas...

Donde más se necesita actualmente la AN -o cualquier otra obra eucarística- es precisamente allí donde la devoción a la Eucaristía está más apagada. Allí es donde más quiere Dios que se encienda poderosa la llama de la AN. Si los adoradores, fieles al Espíritu Santo, con oración y trabajo, procuran el crecimiento de la Adoración, empezando por vivirla ellos mismos con toda fidelidad, la AN crece: ellos plantan y riegan, y «es Dios quien da el crecimiento» (1Cor 3,6).

Dios ha concedido por su gracia a la Adoración Nocturna ciento cincuenta años de vida en la Iglesia. Que Él mismo, por su gracia, le siga dando vida por los siglos de los siglos. Amén.